



PENSAMIENTO
FEMINISTA,
PENSAMIENTO
NEGRO

bell hooks
responde

PAIDÓS

bell hooks

RESPONDA

Pensamiento feminista,
pensamiento negro

PAIDÓS Contextos

SUMARIO

Prólogo a la nueva edición	7
1. Introducción: unos comentarios iniciales	13
2. Respondona	19
3. «Cuando fui un soldado joven de la revolución»: encontrar la voz	27
4. El feminismo: una política de transformación	41
5. Recuperar el yo.	55
6. Teoría feminista: una propuesta radical	67
7. Mundo académico feminista: cuestiones éticas.	77
8. Hacia una pedagogía feminista revolucionaria	87
9. Negra y mujer: reflexiones sobre los estudios de posgrado	97
10. Ser negra en Yale: la educación como práctica de la libertad	109
11. Quedarse cerca de casa: la clase y la educación	127
12. La violencia en las relaciones íntimas: una perspectiva feminista.	145
13. El feminismo y el militarismo: un comentario.	157
14. La pedagogía y el compromiso político: un comentario.	167

15. La politización feminista: un comentario	177
16. Superar la supremacía blanca: un comentario	187
17. La homofobia en las comunidades negras.	199
18. La visión feminista de los hombres: un comentario . .	209
19. «¿De quién es esta concha?»: un comentario feminista	219
20. Escritoras negras: crear más espacio	233
21. <i>¿Acaso no soy yo una mujer?</i> Echar la vista atrás	243
22. Escribir mi autobiografía	255
23. A Gloria, ¿quién es ella? Por qué uso seudónimo . . .	263
24. Entrevista	275
25. Las mujeres negras y el feminismo.	291
<i>Bibliografía</i>	301

Introducción: unos comentarios iniciales

Esta obra tardó mucho tiempo en cobrar cuerpo. Siempre había algo que interrumpía el proceso: el fin de una relación, el exilio, la soledad, un dolor recién descubierto... Y, cada vez, volvía a sentir dolor, volvía a sufrir y me volvía a alejar de la escritura, de la reescritura, de la composición del libro. Al final, tuve que dar un paso atrás para ver qué pasaba. Y, de repente, vi con claridad, ahí, frente a mí, el motivo por el que me costaba tanto terminar esta obra. En los dos libros anteriores apenas había hablado de mí, de Gloria Jean. Se trataba de una estrategia, de la misma lógica que me había llevado a usar el seudónimo de bell hooks y que tenía que ver con lo que sentía acerca de las representaciones del yo, de la identidad. No sentía el menor deseo de dar explicaciones, ni siquiera cuando alguien escribía cosas acerca de mí que no guardaban la menor relación conmigo, cosas que, sencillamente, no eran ciertas. Sin embargo, este libro iba a ser diferente y lo que me estaba deteniendo tenía que ver con esa apertura, con lo que significa revelar cuestiones personales. La misma elaboración del libro, *Respondona*, expuesta en el primer ensayo, explica el motivo de mi incomodidad, de mi reticencia. Tiene que ver con revelar lo que hasta ahora era íntimo. Tiene que ver con escribir, con lo que significa decir cosas mediante la palabra impresa. Tiene que ver

con el castigo, con todos esos años de la infancia, y más allá de esa etapa, en los que me castigaban por decir la verdad, por hablar con el estilo irónico y descarado que me caracteriza. Tal y como me dicen los amigos a veces: «¿hace falta profundizar tanto?».

Quien me conoce, ya sea en la vida real o en la vida irreal de los libros, puede dar fe de la valiente franqueza del discurso que con frecuencia me caracteriza y que se ha convertido en aquello por lo que se me conoce. Soy franca, directa y honesta, y no solo cuando hablo de ideas abstractas, sino también cuando hablo de esa identidad, de ese yo que nos dicen que es privado, no público. Después de la publicación de *Teoría feminista: de los márgenes al centro*, he podido reflexionar de un modo aún más crítico sobre esta separación entre lo público y lo privado. He tenido tiempo para experimentar y tiempo para pensar sobre lo que he experimentado. Así, he podido ver la profunda conexión que existe entre esa división y las prácticas de dominación actuales (me refiero, sobre todo, a las relaciones íntimas y al modo en el que el racismo, el sexismo y la explotación de clase funcionan en nuestras vidas diarias y en los espacios privados, que es donde nos hieren, nos dañan y nos deshumanizan con más frecuencia; es ahí donde con más frecuencia nos arrebatan la identidad, nos aterrorizan y nos quiebran). La realidad pública y las estructuras institucionales de la dominación permiten que el espacio privado para la opresión y para la explotación sea concreto, sea real. Por eso creo que es fundamental hablar de los puntos de convergencia entre lo público y lo privado, conectar ambos mundos. Incluso quienes hablan de poner fin a la dominación parecen tener miedo a derribar el muro que separa ambos espacios.

Estaba en un espacio privado con alguien a quien quiero, hablando de honestidad y de franqueza. Yo había dicho que durante la infancia vivimos experiencias duras que preferimos no mencionar y habíamos pasado a debatir de qué cosas habría que hablar y de qué cosas no. En ese momento se me ocurrió que hay personas para quienes la franqueza no consiste en el lujo de preguntarse «¿Quiero hablar de esto o explicar lo otro?» sino más bien en

preguntarse «¿Sobreviviré, lo superaré, seguiré vivo?». Y la sinceridad consiste en estar bien y en decir la verdad, en recomponer los fragmentos y los pedazos rotos del corazón. Se trata de estar entero, de estar completo.

En mi caso, la voluntad de ser franca acerca de cuestiones personales siempre ha estado ahí al hablar, pero no ha llegado plenamente a mi escritura hasta hace poco. Si he tardado más en mostrar con la palabra escrita lo privado en público es porque en mi interior seguía albergando el temor al castigo, el temor a decir algo acerca de mis seres queridos que ellos creyeran que no debía ser dicho. El miedo es que el castigo sea la pérdida, quedar aislada de los contactos significativos. En los niveles más profundos, se trata de una pura cuestión de raza y de clase, porque muchas personas negras han crecido creyendo que hay muchas cosas de las que uno no debe hablar, ni en privado ni en público. Muchas personas pobres y de clase obrera de todas las razas tienen estas ideas grabadas a fuego. Una de las razones por las que nos burlábamos con frecuencia de los blancos que «lo tienen todo» es que cuentan todos sus entresijos, se abren en canal. Por lo tanto, uno de los motivos de orgullo de los negros pasó a ser lo bien que sabemos guardar nuestros secretos, lo privados que podemos ser acerca de nuestras cosas. Y esa ha sido un área en la que familiares, personas negras ajenas a mi familia y amistades negras me han hecho daño al decirme cosas como «¡No deberías hablar de eso!». Y, luego, durante los estudios de posgrado y cuando publiqué mi primer libro, me dio la impresión de que los blancos me preguntaban lo mismo: «¿Acaso crees que queremos escuchar lo que tienes que decir?». En serio. Para mí, ha sido toda una batalla política aferrarme a la creencia de que nosotros, los negros, tenemos muchas cosas de que hablar, muchas cosas que son privadas pero que debemos compartir abiertamente si queremos que nuestras heridas (las heridas provocadas por la dominación, la explotación y la opresión) cicatricen y si queremos recuperarnos y realizarnos.

Cuando daba conferencias, hablaba de mi vida mucho más que en mis escritos. Con frecuencia, el momento en el que confluían la idea, la teoría y la experiencia personal compartida era precisamente cuando lo abstracto se volvía concreto y tangible, cuando se convertía en algo que los demás podían aprehender y llevarse consigo. Eso era muy importante para mí. Aprendía de ello. Me preocupaba perderme a mí misma al hablar, perder mi alma y convertirme en un objeto, en un espectáculo. El intento de ser honesta conmigo misma se expresaba en el esfuerzo por ser genuina (y no convertirme en un espectáculo barato), por ser real (en el sentido en el que lo decimos los negros). Hace tiempo que llevo en el corazón un poema nativo americano. Es un poema que habla contra la traición con palabras sencillas: «Queremos lo que es real. Queremos lo que es real. No nos engañen». La historia de la colonización y del imperialismo es una historia de traición, de mentiras y de engaños. Exigir lo que es real es exigir reparación, transformación. En la resistencia, los explotados y los oprimidos trabajamos para exponer la falsa realidad, para reivindicarnos y para recuperarnos a nosotros mismos. Construimos la historia revolucionaria, narramos el pasado como lo hemos aprendido con la tradición oral, narramos el presente tal y como lo vemos, conocemos y sentimos en el corazón y con nuestras palabras. En esta línea, he abordado las charlas, los ensayos y los comentarios enlazándolos con reflexiones personales, con el pensamiento feminista y con el pensamiento negro.

Las conversaciones con alumnos y con personas que acuden a mis clases han impreso profundamente en mi conciencia el dolor de la fragmentación; de la alienación que sienten muchas personas preocupadas por la dominación, por la lucha que tenemos que librar incluso para convertir nuestras palabras en un lenguaje que podamos compartir y hacer entender. A veces, cuando escribo, me da la impresión de que digo lo que ya se sabe, de que me repito y de que demuestro el gran respeto que siento por Paulo Freire cuando lo cito con demasiada frecuencia, porque me ense-

ña con sus palabras, con su presencia. Y, sin embargo, la experiencia de hablar acerca de estas emociones y de escribir junto a personas que me recuerdan que he de aceptar que es muy posible que deba decir en nombre de otros muchas cosas que quizá no me emocionen ni me gusten y que, quizá, tampoco logren que los demás me perciban como «muy inteligente», ha hecho que toque con los pies en el suelo. También me ha hecho ver que preferiría mantener en silencio, en secreto, mucho de lo que he de decir. Muchas veces, me frenaba a mí misma en el proceso de corregirme, de esforzarme en construir con mis palabras una «pensadora feminista políticamente correcta»; quería poder presentarme como una persona vulnerable, tal y como me siento en ocasiones.

Luego, hay momentos en los que parece que de tanto hablar o escribir todas esas ideas se interponen y bloquean la conciencia de que para los oprimidos, los explotados y los dominados, la dominación es más que un tema del discurso radical, un tema sobre el que escribir libros. Es dolor: el dolor del hambre, el dolor de la explotación laboral, el dolor de la soledad, el dolor de la pérdida, el dolor del aislamiento, el dolor del exilio... Es dolor espiritual y físico. Recordamos el dolor incluso antes que las palabras. Tal y como expresan en la *Carta de la libertad* los compañeros de lucha que escribían sobre el esfuerzo para poner fin a la dominación racial en Sudáfrica: «Nuestra lucha es también una lucha del recuerdo contra el olvido».